

sensibilidad posmoderna y vida religiosa: el religioso de la tercera edad en una comunidad formativa

Antonio Jiménez Ortiz

(Dedicado con afecto a D. Julio do Muiño)

Desde hace unos 4 ó 5 años reina cierto desconcierto en nuestros ambientes formativos ante las características de los religiosos jóvenes que comienzan el posnoviciado o juniorado. En los encuentros de formadores y en el intercambio de experiencias a distintos niveles se percibe una gran perplejidad. El perfil del joven religioso parece que está cambiando aceleradamente y nos presenta unos rasgos sorprendentes y contradictorios. Poco a poco parece confirmarse la hipótesis de que nos está llegando a la formación inicial la que podríamos llamar "generación posmoderna".

En esta breve reflexión queremos ofrecer nuestra opinión sobre la misión de un religioso de la tercera edad en una comunidad formativa. Y al hablar de tercera edad consideramos a ésta como un proceso diferencial y no como un estado. En nuestro caso se trataría de un religioso entre los 65 y 75 años (tomando la edad cronológica como un punto de referencia habitual y no como una variable aislada en el proceso de la vejez), que no fuera dependiente de cuidados clínicos, que condicionaran gravemente su vida diaria, y que no tuviera un carácter difícil.

EL INFLUJO DE LA SENSIBILIDAD POSMODERNA SOBRE LOS RELIGIOSOS JOVENES

El P. Kolvenbach ha afirmado en una reunión de jesuitas formadores que los jóvenes religiosos son hijos de la posmodernidad y "no pueden no serlo"¹. Y en nuestros ambientes se va abriendo paso esta convicción, que a falta de análisis sistemáticos² se ve corroborada por nuestra experiencia de cada día y en el contraste de pareceres con formadores de diversas congregaciones.

Parece ser que nuestros jóvenes religiosos en España, sin ser conscientes en la mayoría de los casos, están influenciados por esta sensibilidad posmoderna, aunque como se ha dicho con humor "no son posmodernos en estado salvaje"³.

Pero sí podemos percibir que están sometidos al fenómeno de la fragmentación cultural y existencial: ante la avalancha de informaciones y opiniones de los medios de comunicación, sumergidos en el pluralismo ambiental ideológico y social, en medio de una cultura "desmigajada"⁴, nuestros jóvenes religiosos presentan en gran parte una notable desestructuración interior, que se une a una sutil, pero pertinaz desconfianza en la razón.

Esto produce una actitud de incredulidad ante las "grandes palabras", que la hacen sorprendentemente compatible con una verborrea fácil y contradictoria. Da la impresión que han perdido el sentido de la totalidad, propio de su edad, y viven el presente de forma inmedatista, sin relación con el pasado y el futuro.

¹Cf. J. A. GARCIA, *Impactos de la cultura actual a la vida religiosa como sacramento y profecía del reino de Dios*, Confer 27 (1988) 614-615.

²En abril de 1987 se publicó la encuesta *Religiosos y religiosas jóvenes: Motivaciones de su vida consagrada*. *Encuesta Re - Mo*, Confer 26 (1987) 185-469, donde se analizan las motivaciones de los religiosos menores de 29 años. Pensamos que en este estudio no entró esa nueva franja de religiosos jóvenes que han profesado en los últimos cinco años.

³Encontramos esta afirmación en la segunda ponencia del II CONGRESO NACIONAL DE RELIGIOSOS JOVENES (Sigüenza, 10 - 12 de Octubre de 1987) sobre *La vida religiosa y los religiosos jóvenes* de G. FERNANDEZ SANZ, C.M.F., en el folleto *CON EL 49* (1987) 16. Sobre el tema de la posmodernidad, cf. nuestros anteriores trabajos *A vueltas con la posmodernidad (I): los rasgos de la sensibilidad posmoderna*, *Proyección* 36 (1989) 395-411; y *A vueltas con la posmodernidad (y II): la teología ante los desafíos de la sensibilidad posmoderna*, *Proyección* 37 (1990) 49-59.

⁴Cf. A. FINKIELKRAUT, *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona 1988, p. 104.

A esto se añade el influjo del relativismo posmoderno y de la multiplicación de los sistemas de valores y de los criterios de legitimación⁵ en nuestras sociedades occidentales que crean en nuestros jóvenes una actitud de provisionalidad existencial, que valora poco los compromisos definitivos. Con frecuencia se sienten incapaces de asumírselos para siempre. Parafraseando a Gilles Lipovetsky se podría decir, matizando adecuadamente, que “este joven religioso de la posmodernidad” no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas⁶. Esto lo hace extremadamente vulnerable desde el punto de vista intelectual y afectivo.

Y junto a la valoración del “microgrupo”, está surgiendo el fenómeno de un individualismo de tipo psicologista y narcisista, que coloca al YO en el centro de su interés: Son los sentimientos o preferencias del mismo los que orientan con frecuencia su acción y sus opiniones.

El subjetivismo se da la mano con un apacible hedonismo, que no soporta las exigencias “que vienen de fuera” y que ve poco sentido en el esfuerzo ascético. La fe de nuestros formandos parece ser poco consistente, sus motivaciones vocacionales son, con cierta frecuencia, poco profundas y de tipo pastoral y sociológico. Su religiosidad tiene un matiz muy afectivo y emocional. Subrayan con énfasis los aspectos vivenciales e, incluso, sensibles de la oración personal y comunitaria. Valoran mucho la dimensión comunitaria de la opción religiosa, pero se nota poca solidez y constancia ante los problemas que plantea la vida de comunidad. Conceden poco sentido a las mediaciones que exigen esfuerzo y capacidad de aguante. Sorprende la incoherencia entre su viva sensibilidad para los problemas sociales y su afán de consumismo y de comodidad⁷.

⁵Cf. sobre este tema de la posmodernidad la opinión de G. VATTIMO en *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Gedisa, Barcelona 1986, pp. 156-157; y en *El fin del sentido emancipador de la historia*, El País (6 diciembre 1986), p. 13.

⁶Cf. G. LIPOVETSKY, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona 1986, pp. 41; 44. Sobre la vigencia exclusiva en la posmodernidad del “contrato temporal” (en cuestiones profesionales, afectivas, familiares, culturales, políticas, y, nosotros añadimos, religiosas), que se puede rescindir a voluntad, cf. las afirmaciones J.-F. LYOTARD en *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid 1984, p. 118; y en *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona 1987, p. 86.

⁷En esta línea se mueven los elementos de inmadurez que los miembros del Centro médico - psicológico de la CONFER (Conferencias Españolas de Religiosos y Religiosas de España) detectan en los jóvenes religiosos o en los candidatos a la vida religiosa que

Pero, por otro lado, debemos reconocer en nuestros jóvenes religiosos otros aspectos, consecuencia en parte del talante posmoderno, que, bien orientados, pueden ser altamente positivos, como la flexibilidad y la capacidad de adaptación, la tolerancia y la facilidad para la comunicación, su actitud abierta ante el pluralismo, su espontaneidad, su sentido lúdico y su humor.

La sensibilidad espiritual de nuestros jóvenes religiosos puede ayudarnos a subrayar el papel de la experiencia mística en la práctica de la fe y de la vida concreta, pero ayudándoles a evitar con decisión el callejón sin salida de un irracionalismo escapista, y haciéndoles descubrir que sin el esfuerzo ascético la dimensión carismática de la vida religiosa no adquiere profundidad ni relevancia vital y apostólica.

Al mismo tiempo su empuje emotivo puede llevarnos a los religiosos adultos, educados en otra sensibilidad, a enriquecer experiencialmente nuestra espiritualidad y nuestra oración, que con frecuencia han estado sometidas a un exceso de esquematismo y de intelectualismo.

EL RELIGIOSO ANCIANO ANTE LOS “NUEVOS” RELIGIOSOS JOVENES

Sin embargo el desafío más difícil que nos plantean nuestros jóvenes formandos es la presencia fraterna y cercana de testigos auténticos. En un momento de desconcierto y confusión son imprescindibles religiosos, profundamente creyentes, que sean testigos vivos de la salvación de Cristo y de la propia tradición: Personas cercanas y exigentes, esculpidas por la vida y la experiencia, que sepan transmitir su coherencia interna y su pasión por el Reino y por el hombre, que sean capaces de mostrar cómo se vive con serenidad la propia pobreza, aceptada desde la fe.

En este contexto nos planteamos la pregunta por el papel de un religioso de la tercera edad entre los religiosos jóvenes.

Su presencia en una comunidad formativa puede, en primer lugar, facilitar el encuentro de nuestros jóvenes con la vejez, en una época en que ésta es aparcada sistemáticamente de la “circulación”, por necesidades sociales, por razones de eficacia y regulación económica, por la concepción de una vida en

llegan a su consulta, cf. J. GALLEGU, *Elementos de inmadurez en los candidatos a la vida religiosa*, Todos Uno 94 (1988) 46-50.

la que se exalta lo juvenil y se identifica la vejez con enfermedad, deterioro, incapacidad, dependencia, improductividad, conservadurismo . . .⁸

En realidad esa aportación es posible si el religioso de la tercera edad, en la experiencia de los propios límites, ante el cansancio de la vida, sabe evitar las tentaciones del egocentrismo, del desencanto amargo, del escepticismo negativo, si se abre con benevolencia al porvenir de los más jóvenes, si no se presenta como enemigo sistemático de toda novedad, como crítico implacable o como profeta de infortunios, si alimenta aún, con afecto e interés, una actitud de búsqueda y cercanía.

Y para esto es imprescindible desmontar los mecanismos del narcisismo y aceptar la propia edad con sus condicionamientos: Sólo así se podrá vivir esta etapa de la existencia, desde la serenidad y la paz, como un servicio realizado a partir del SER humano y creyente, y no tanto ya del HACER, que va declinando por los imperativos de la vida.

1. Testigo de la vida y de la fe

En nuestra situación histórica y cultural de búsqueda e incertidumbre necesitamos hombres que, con su experiencia de vida, amasada con éxitos y fracasos, con aciertos y equivocaciones, vivida desde la fe, nos iluminen el camino con sabiduría y discreción. A esas alturas de la vida es posible cierta objetividad comprensiva, que, sin desconocer la complejidad de los problemas, facilita un discernimiento imprescindible hoy.

Si el religioso de edad no se pierde en la amargura de su falta de protagonismo y no se encierra en una ironía negativa, puede convertirse en un auténtico testigo de la vida y de la fe para nuestros jóvenes religiosos, si al mismo tiempo es valorado en su realidad de anciano de forma vital y expresa por los responsables de la comunidad.

Encuentro con la vida, con el dolor, con la muerte

En una época en que los jóvenes parecen vivir en la superficie lisa y sin profundidad de un presente trepidante, resulta necesario el encuentro con el hombre viejo y gastado, símbolo real de la amabilidad y de la vulnerabilidad radical de la vida, símbolo del misterio del ser humano.

⁸ Cf. sobre la exaltación de lo juvenil en las sociedades de Occidente la crítica opinión, llena de ironía, de A. FINKIELKRAUT, pp. 130-138.

El religioso de edad en una comunidad formativa puede ofrecer con sencillez la realidad de su biografía como un marco de experiencias, donde el joven pueda contrastar sus ilusiones y esperanzas, sus prisas y agobios, donde pueda asimilar la pesada y clarificadora ley del tiempo. Y este servicio quizá sólo puede ser realizado desde la discreción, desde el silencio, desde la bondad que sabe superar el estoicismo frío y desangelado.

Así es posible experimentar la vida como un don y como un gozo, como una promesa en íntima relación con la muerte, que sin perder la oscuridad de su misterio queda iluminada por la luz consoladora de la Pascua del Señor. De esta forma el joven va siendo educado en la belleza y fugacidad del destino humano y en la esperanza luminosa del creyente.

Símbolo de fidelidad y de compromiso definitivo

Para nuestros jóvenes, instalados en la provisionalidad y en frágiles certidumbres, a los que resulta muy difícil compaginar compromiso y libertad, compromiso y futuro, el religioso, cargado de años, puede convertirse en un símbolo cercano y realista de fidelidad.

Frente a la insóportable o ansiada levedad del ser que sienten nuestros jóvenes formandos, influídos por la sensibilidad posmoderna, la historia de fe del religioso de edad es una confesión viva de que existe la densidad en la existencia, de que hay valores por los cuales es posible comprometerse definitivamente: la libertad humana no se realiza simplemente a partir de la espontaneidad, sino desde el compromiso de un amor concreto y realista, que limita esa libertad, pero que la hace creativa y fecunda.

Si la fidelidad del religioso anciano no se confunde con anquilosamiento o con fijación en el pasado, su perseverancia a lo largo de los años puede ser un auténtico gesto profético que haga descubrir a nuestros jóvenes que en la fragilidad y fugacidad de la vida la fidelidad de Dios puede sostener nuestro compromiso definitivo, a pesar de todas nuestras debilidades.

Entre el realismo y la utopía

Ante el naufragio actual de las utopías los jóvenes corren el peligro de refugiarse en el individualismo narcisista, en el hedonismo, en el consumismo, en el espiritualismo, en una desesperanza nihilista, en la violencia...

¿En qué sentido puede un religioso de edad ayudar en este punto a nuestros jóvenes en formación? El religioso anciano que ha ido asimilando las principales experiencias de la vida goza de un realismo prudente y sabio: ha ido aprendiendo a adecuar los medios a los fines, ha descubierto que a veces el fracaso de la renuncia a ciertas metas puede ser el aguijón para descubrir nuevos caminos, si la persona se mantiene fiel a la realidad y abierta al futuro, ha sentido lo que significa reducir el nivel de aspiraciones sin renunciar a la búsqueda. . .

Si a su edad sabe superar la posible fijación en el pasado, la tendencia al conservadurismo y al inmovilismo, su realismo lo conduce a una sabiduría vital que sabe discernir lúcidamente entre lo importante y lo secundario, construyendo así la base para un impulso creativo y utópico⁹. Por eso los actuales religiosos de la tercera edad, que han mantenido un espíritu despierto y sensible tras la experiencia de estos últimos treinta años de historia acelerada y compleja, pueden convertirse para nuestros jóvenes formandos en un rico testimonio de sabiduría, como actitud humana y creyente frente a la vida y a la muerte, hecha de distanciamiento y cercanía, de relativismo y de entrega, de seguridad y fragilidad, de realismo y de esperanza.

Modelo de creyente en la pobreza y en la confianza

Cuando se acerca la vejez, el creyente va entrando en un proceso de desasimilamiento y desnudamiento. La realidad terrena y la propia persona aparecen en todo su relativismo y pobreza. Surge una nueva claridad interior porque se percibe la vanidad de ciertos "encantos", que lleva a un "desencanto" que libera y da transparencia, que crea distanciamiento interior, pero no rechazo amargo o cínico, si la persona anciana se enfrenta a esta última crisis de fe con una profunda confianza en el Dios de la misericordia, que lo sostiene incluso en una posible "noche oscura del alma", cuando la fe se mantiene desnuda, sin ilusiones, sin consuelos sensibles.

En este momento el religioso de edad puede convertirse para el joven formando en modelo de oración, que le haga descubrir o apreciar más el valor del silencio, de la contemplación, de la oración sencilla de alabanza, de la gratuidad y de la entrega, frente al frenesí y al agobio de las tareas de la vida cotidiana. . . El joven puede asimilar vitalmente qué significa una

⁹Cf. R. GUARDINI, *La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida*, Guadarrama, Madrid 1964, segunda edición, pp. 105-109.

soledad, que no es vacío ni huida, sino el espacio denso donde se revela la presencia de un Misterio luminoso que no se deja atrapar ni manipular.

2. La actitud del religioso anciano frente al religioso en formación

En primer lugar pensamos que el religioso de edad debe tener frente a los jóvenes una actitud de auténtica *acogida*, que le sirve a él mismo para superar su tendencia al egocentrismo y a la inseguridad y que permite a los jóvenes un encuentro sereno y distendido con su experiencia de anciano. Pero la acogida debe desembocar en *confianza*: el religioso de edad, evitando el miedo instintivo a nuevas relaciones personales, puede manifestar una ternura, madura y coherente, que afirme, que guíe, que sostenga al joven con una comunicación sencilla y directa, hecha de verdad y de humor.

Esto posibilita su papel de *consejero*: si no se deja atrapar por el anquilosamiento espiritual, puede realizar un servicio precioso. La vida, a través de experiencias positivas y negativas, ha ido enriqueciendo su persona, que ahora, desde una amplia perspectiva de tiempo y espacio, puede ofrecer sus consejos sabios y prudentes que ayuden al joven en su discernimiento personal. Pero ha de evitar tanto el rigorismo severo y frío como la dejadez irresponsable.

Y de este modo ejercerá una función de *moderación* y *estímulo* en el seno de la comunidad formativa, ya que puede convertirse en confidente privilegiado, precisamente porque se le ve al margen de la responsabilidad de autoridad y, en cambio, afectivamente muy próximo.

CONCLUSION

Si el religioso en la tercera edad logra superar las posibles tentaciones del resentimiento y de la amargura, del inmovilismo, de la huida... , si se abre desde su fragilidad a la acción transformante del Espíritu, si se siente sostenido y querido por sus hermanos de comunidad, puede ser un auténtico testigo de la vida y de la fe para los religiosos jóvenes, a los que puede transmitir el sentido profundo de la misteriosa parábola de la existencia, como un don y como una tarea, como un camino que conduce a la luz pa-

radómicamente cuando la noche está cayendo... Y podrá decirles desde su pobreza asumida, pero con paz y con gozo:

“He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fe. Ahora ya me aguarda la merecida corona con la que el Señor, juez justo, me premiará el último día; y no sólo a mí, sino también a todos los que anhelan su venida.” (2 Tim 4, 7-8)

Antonio Jiménez Ortiz